

CALVO ORTEGA, Francesc: *Escuela, espacio, poder. Estudios sobre educación y territorio*, Barcelona, UOC, 2012, 163 pp.

Han sido numerosos los autores que han tratado desde diferentes perspectivas las implicaciones del poder en la educación, a fin de ejercer un control sobre la población e inculcar determinadas consignas de carácter ideológico, con el cometido de sancionar, legitimar y favorecer la pervivencia de diferentes regímenes políticos a lo largo de la historia. Resulta ineludible, por tanto, que la lectura nos evoque

reminiscencias de las aportaciones ya clásicas de Althusser, Baudelot y Establet, Bourdieu y Passeron, Bowles y Gintis, o por supuesto del pensador galo Michel Foucault, cuyas reflexiones acerca de la inoculación de la disciplina en la sociedad para su vigilancia se erigen como unas de las principales referentes de Calvo Ortega.

La obra consta de un compendio de seis artículos, preludiados por una introducción y que tienen como colofón un apéndice. Dicho elenco configura una antología de textos editados anteriormente en diferentes publicaciones, si bien éstos responden a un eje temático idéntico: las relaciones existentes entre espacio, educación y poder. Pese a todo, podemos establecer dos grandes núcleos vertebradores de estas páginas. El primero estaría centrado en analizar cómo el modo de producción capitalista decimonónico, mediante la educación, trató de moldear al ciudadano-trabajador, para alcanzar una mayor productividad en un escenario de industrialización. Por su parte, el segundo atendería a discernir desde qué prisma han de abordar la enseñanza y la investigación estos procesos, teniendo en cuenta la actuación de los seres humanos sobre el espacio, lo que nos conduce, según el autor, a un fenómeno de *territorialización*, esto es, la organización y estructuración del espacio buscando una adecuación a los intereses de una sociedad capitalista, que canalizará y condicionará las relaciones entre personas.

Ya en la introducción, se nos señalan las cuatro esferas que van a ser susceptibles de análisis en las páginas del volumen. En concreto, se reflexionará en torno a familia, escuela, población y saber en su relación con el territorio. Cada uno de estos capítulos hará alusión de forma más directa a alguno de estos niveles citados, en su desarrollo en el escenario por excelencia de producción capitalista: la ciudad.

En el primer capítulo, el autor sostiene que en su origen no se establecía una correspondencia entre escuela y ámbito laboral, sino que en los centros escolares se promovía el aprendizaje de hábitos disciplinarios, que se habrían difundido a través del modelo lancasteriano de enseñanza

mutua, con anterioridad aplicado en España en el ámbito marcial. Sin embargo, sí se operaría un control de la población, mediante la implementación a partir de 1857, de la conspicua Ley de Instrucción Pública, más conocida como Ley Moyano, que establecía por primera vez en el país la escolarización obligatoria. De esta forma, se obligaba, al menos en teoría, a las familias a radicarse en una localidad, para cumplir con dicho dictamen, propiciando un control poblacional, infundiendo un modelo familiar indirectamente, mediante la escolarización del niño.

A continuación, en el segundo epígrafe, se trata la influencia del taylorismo más allá de la organización de la empresa. El modelo de Taylor de organización científica del trabajo pretende maximizar la producción y el gobierno del espacio, convirtiéndose también en un sistema de dominación social, inculcando disciplina en la fuerza de trabajo por medio de la difusión de valores de abnegación laboral, independencia frente a las organizaciones obreras, entre otros... De esta manera, se genera una aculturación del ciudadano, dando paso a un obrero alienado.

En mi opinión, esta traslación de la organización empresarial a la ordenación del espacio y la sociedad perdura en la actualidad. La división del trabajo ha calado en educación, por medio de la existencia de diferentes itinerarios y planes de estudios, entre los que priman aquellos relacionados con el saber técnico, aquellos útiles para potenciar la productividad y rentabilidad. La misión es formar una masa subordinada a las órdenes de la producción, para favorecer la gobernabilidad del territorio, legitimado mediante lo que Antonio Gramsci denominó la teoría del consentimiento, que sería inducida a través de la educación. Este sería un mecanismo para la perpetuación de un sistema capitalista.

Atendiendo al segundo núcleo temático, en el que sugerimos que podríamos dividir la obra, Calvo Ortega aboga por una historia de la educación relacionada con la historia social. Una historia desde abajo, frente a la visión de la historiografía más tradicional. Asimismo, opta por

renovar la enseñanza de la geografía. Poniendo en conexión su didáctica especial y la epistemología de la propia ciencia, para analizar nuestras relaciones con un espacio que se ha tornado territorio.

La principal aportación que hace este volumen es considerar la existencia de una moralización para ejercer el control sobre los sujetos, frente a la mayor existencia de tesis que abogan por una reproducción social a partir de una ideologización, esto es así siguiendo la idea de Foucault de que el liberalismo burgués es una práctica y no una ideología. Esta moral, tal y como se refleja a lo largo de las páginas, no sería de una índole mesiánica acorde a doctrinas religiosas, sino que tiene por objetivo infundir en los ciudadanos patrones de conducta que beneficien a los procesos de producción capitalistas, y por supuesto que propicien un mayor control de la sociedad, pretendiendo así evitar el afloramiento de hipotéticos movimientos subversivos frente al orden social burgués. Para ello, como señala Calvo Ortega, se impulsa una pedagogía higienista, fundamentada en la reducción de una población malsana y ulteriormente de una prevención de posibles convulsiones sociales, debido a la consideración burguesa basada en que existe una trabazón entre el hampa y desarrollo de enfermedades, en algunos núcleos poblacionales que serían tomados como caldo de cultivo para la heterodoxia y estilos de vida disolutos. Son ciudadanos que hay que enrolar como fuerza de trabajo para de esta forma aumentar la producción.

En definitiva, estamos ante una publicación de evidente interés, en particular para aquellos lectores con ávida predilección por la génesis de los sistemas educativos en el siglo XIX, pero sobre todo para quienes gustan de reflexionar en torno a la influencia de ideología y política en el espacio en el que se inserta la sociedad, y principalmente en los procesos de enseñanza-aprendizaje que acontecen en esta última.

RAÚL MIGUEL MALMIERCA